

# Una década de directorios... y después ¿qué?<sup>1</sup>

Gerard RUMMERY, f. s. c.

Mediante esta comunicación se intentado reflexionar acerca de algunos aspectos que presenta la actividad catequética dentro de la Iglesia durante la última década; período que, al menos, cuantitativamente, debe considerarse como uno de los más importantes de estos últimos años; esa década se inició con el Congreso General Catequético de Roma, en 1977 (y la publicación del "Directorio General aCtequético") y terminó con la "Catechesi Tradendae", en 1979; incluye también en ese período el Sínodo sobre la justicia en el mundo y el documento "Evangelización y Catequesis de nuestro tiempo" (especialmente en lo concerniente a los jóvenes).

Mas importantes que sean esos acontecimientos internacionales, mi propósito en este escrito será brindar algunas reflexiones sobre la actividad catequética que está suministrando al mundo de lengua inglesa una serie de directorios nacionales, compuestos como respuesta a parecidas directrices formuladas por el II Concilio Vaticano y en conformidad con ellas.

Este mi trabajo, así como el de las jerarquías nacionales, ofrecer nuevos materiales catequéticos; pero antes de que éstos quedaran consignados en un directorio, constituyó él una de las principales respuestas positivas a la investigación catequética de estos últimos años, y en cuanto tal, exige se haga de él una evaluación objetiva. La rápida reseña de las circunstancias que precedieron y acompañaron a esa actividad concertada constituirá la sección primera de este informe.

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el Simposio Internacional sobre "Catequesis en los años 80". Roma, abril de 1980.

Temo fracasar al evaluar el enorme cambio de dirección provocado por las directrices de los directorios nacionales. La historia de muchos de esos proyectos nos ayuda a comprender no sólo las dificultades surgidas en cada etapa, desde que empezaron las consultas

hasta llegar al documento final, sino también las continuas tensiones que se concentran y se delatan en el dominio de la catequesis. Esas tensiones y sus manifestaciones merecerán particular atención en la parte segunda de este informe.

Al concluirse la elaboración de numerosos proyectos de directorios se pudo ver con más claridad las tareas pendientes de solución. Podría decirse con verdad que la parte más fácil está ya acabada. Nos queda por realizar un trabajo de mucha mayor complejidad, cual es el de provocar nuevas iniciativas que tengan como objetivo otra visión más vasta de la catequesis.

¿Cuáles son las consecuencias de esa visión más vasta para quienes de entre nosotros tradicionalmente se dedican a la catequesis en la escuela? ¿No habrán supuesto obstáculo nuestras escuelas a nuestro quehacer catequético, cuyo punto focal ha cambiado tanto estos últimos años? Si, como hermanos de las Escuelas Cristianas, hubimos de enfrentarnos, hace unos diez años, con lo que la Reunión de Visitadores de 1971 llamó "cierto malestar en la catequesis", ¿vemos hoy con más claridad el origen de ese malestar y lo que podemos hacer para lograr su curación? Del examen de esos problemas hablaré en la parte tercera de este estudio.

## I. ORIGEN DE LOS DOCUMENTOS CATEQUETICOS

Los directorios catequéticos son recientes; datan todos ellos de la última década; pero su origen viene de mucho atrás. El directorio catequético de 1971, por ejemplo, fue el resultado de larguísima preparación, que se inició en el trabajo preparatorio del Vaticano II. Oficialmente, la idea de un directorio se expresó por primera vez en el & 44 del decreto conciliar sobre el "Oficio pastoral de los Obispos", "Christus Dominus", que reúne crecido número de directrices pastorales.

El origen de ese & 44 es, con todo, mucho más complejo. En las etapas preparatorias del Concilio Vaticano II sólo el obispo de Beauvais, monseñor Pedro Lacoite (1965) adelantó la idea de un directorio, idea que fue discutida por algunos catequistas franceses, en 1957. Preveía que algunos obispos sentirían la preocupación constante, por lo que desde tanto tiempo atrás se había propuesto en la Iglesia, desde el Concilio Vaticano I, esto es, preparar y publicar un catecismo universal, proyecto que quedó inconcluso en dicho Concilio.

Ese proyecto, efectivamente, lo estudió una de las comisiones preparatorias, que recibió el encargo de elaborar planes para un nuevo catecismo (habían de figurar en él los principales elementos de la liturgia sagrada, la historia de la Iglesia y la doctrina social), y también infundir nuevo impulso a la catequesis de los adultos. En consecuencia, se amplió el cometido de esa comisión, el cual quedó vinculado al de otros dos grupos preparatorios, uno de ellos respecto de las iglesias orientales, el otro respecto de los sacramentos. En su informe, los miembros sugirieron que, dadas las notables diferencias entre países, incluso entre individuos, no era oportuno el catecismo universal, sino que más provechoso sería para la Iglesia preparar un Directorio común "que extendiera reglas y normas para que las tuvieran en cuenta los catecismos particulares". La última elaboración de ese segundo punto precisaba los propósitos de la catequesis, los principios doctrinales más importantes y la redacción de fórmulas; determinaba, además, constituyeran esos puntos el contenido de un Directorio.

La comisión intentó más tarde ofrecer un ensayo de definición a modo de directorio catequético:

"Consistirá en presentar fórmulas de los artículos de fe y de enseñanza moral, así como fórmulas de oraciones que todos pueden saber enteramente de memoria. Se precisarán las normas que han de observarse al componer catecismos particulares, normas relacionadas con el objetivo que se pretende alcanzar en catequesis, así como los artículos principales de doctrina que se han de exponer." Siguiendo las etapas de trabajo de dicha comisión, puede asegurarse que la idea básica de tal directorio evolucionó continuamente; esto lo advertiremos al considerar las sugerencias particulares.

Mas, de momento, creo que, admitido ya el principio de un Directorio, nos será útil considerar algunas novedades introducidas en la mentalidad catequética oficial.

- En primer lugar, la negativa a adoptar el catecismo universal propuesto al principio y la adopción de un Directorio supuso un progreso que produjo consecuencias importantes.
- En segundo lugar, llegados a esta etapa del proyecto, las propuestas expresadas anteriormente sugieren la idea de que los directorios habían de adoptar como principio universal el siguiente: tener aplicación local.
- Tercero: la atención puesta en los sectores locales entraña algu-

nos procedimientos de consulta y el estudio de las necesidades especiales de ese sector.

- Cuarto: el Directorio es, manifiestamente, la base que sirve para preparar "materiales" catequéticos a la iglesia local.

- Finalmente, el lenguaje y el interés descansan en una catequesis que transmite declaraciones teológicas para aprenderlas de memoria.

Resulta imposible, en esta comunicación, tratar de mostrar las principales influencias que motivaron ese cambio evidente en la mentalidad catequética de Roma. Indudablemente, eso fue, hasta 1965, resultado del Concilio y del trabajo de los teólogos acerca de los decretos y, posteriormente, la labor de las comisiones posconciliares encargadas de poner en práctica las decisiones adoptadas durante el Concilio.

Hablando como catequista, creo, con todo, que fueron las seis famosas *semanas de estudio* organizadas por el célebre Padre Johannes Hofinger las que ejercieron enorme influjo sobre la catequesis en general y, particularmente, sobre el desarrollo de los Directorios.

Entre 1959 y 1968 se organizaron en diferentes partes del mundo seis semanas de estudios, que constituyeron un verdadero foro incesante de investigaciones en un período de tiempo asombrosamente corto. Al tener que desplazarse las sesiones de Europa, a Asia, a Africa y, seguidamente, de nuevo a Asia y después a América del Sur, se logró en poco tiempo una experiencia de la Iglesia muy diferente en cada uno de esos continentes.

Pero, más decisiva fue, tal vez, la experiencia de numerosos peritos en catequesis (principalmente de los centros catequéticos que brillaban en Europa, centros fundados después de la segunda guerra mundial), que se enfrentaron por primera vez (de manera experimental) con algunas de las dificultades que habían de superar los países no-occidentales, en sus intentos de aceptar en gran parte el cristianismo de estilo occidental. Importa añadir que, en muchos casos, por ojos de sus antiguos discípulos (que habían estudiado en Europa), vieron dichos peritos esos problemas.

Por ser muchos de ellos consejeros de los autores del *Desarrollo del Directorio catequético*, se produjo un rápido intercambio de ideas, que puso de manifiesto la importancia de reconocer la gran diversidad de las situaciones catequéticas, las cuales ningún Directorio general podría tener en cuenta.

Para formarse el debido concepto de esa rápida amplitud de pensamiento que se produjo durante esas semanas de estudio y la vasta difusión de sus documentos e informes, puede examinarse el sumario que se presenta como apéndice de este trabajo. Nos será dable ver, según creo, no sólo el rápido intercambio de ideas y la exposición de soluciones locales, sino particularmente la solución de los problemas básicos que plantea la catequesis auténtica. Es como si el experimentar la diversidad y el pluralismo en la Iglesia constituyera uno de los factores más importantes en el proceso, con el fin de distinguir lo esencial.

Se notó la influencia de las semanas de estudio en el período posterior al año 1966, cuando se recomendó a la Congregación para el Clero que pusiera en práctica las recomendaciones del "Christus Dominus", en la parte referente a la catequesis. Se puso decidido interés en la importancia que tenían las consultas por parte de las conferencias episcopales locales; idea que aparece en la versión final del Directorio Catequético General de mayo de 1971. Dos años más tarde, al constituirse un comité internacional para formular las respuestas a las conferencias episcopales, cuatro de sus miembros, Bayala, Benítez, Bournique y Tilman, habían participado en una o varias de esas semanas de estudio. Los que estuvieron presentes en Medellín en 1968 recibieron la consigna categórica de que —al elaborar el Directorio General de 1971— tuvieran en cuenta las conclusiones de la Semana Internacional de Estudio de Medellín en las discusiones. Bournique, hablando al Congreso Catequético Internacional de Roma —que presentó la forma definitiva del Directorio— reconoció públicamente lo que él llamó "el papel decisivo" de los encuentros organizados por el Padre Hofinger, y destacó alternativamente las contribuciones de Eischstatt, Bangkok, Katigondo, Manila y Medellín.

La introducción del Directorio Catequético General puntualiza sus orígenes y sus "puntos capitales". Pretende suministrar los principios básicos de una teología *pastoral* (este adjetivo es de suma importancia), mediante la cual pueda orientarse convenientemente la actividad pastoral, el ministerio de la Palabra. El documento se dirige principalmente a los obispos, a las conferencias episcopales y, en general, a todos los que tienen la responsabilidad de orientar y guiar las actividades catequéticas. Facilita también el documento los "criterios" que han de servir de norma para presentar las verdades que se han de enseñar en catequesis..., y un sumario de los elementos esenciales de la fe cristiana, de modo que con toda claridad quede patente el objetivo que se propone la catequesis, esto es, presentar la fe cristiana en su integridad.

Al presentar el documento a la prensa, el cardenal Wright insistió en el hecho de que "la intención básica de ese Directorio no es tanto establecer reglas estrictas cuanto brindar una orientación tocante a la formación religiosa".

## DIRECTORIOS CATEQUETICOS DE 1970-1980

Durante la pasada década surgieron múltiples intentos por parte de las Conferencias episcopales locales para confeccionar su propio Directorio. Ese resultado venía ya previsto en el párrafo 44 del "Christus Dominus" y en el prefacio del Directorio General Catequético, que afirma: "El quehacer específico de aplicar los principios y declaraciones contenidos en el Directorio a las situaciones concretas pertenece de derecho a los episcopados interesados".

He expuesto, en el apéndice 2, el sumario de los principales aspectos del desarrollo de los Directorios locales. Incluyo en esa década el trabajo del Episcopado italiano y su documento: "Il Rinnovamento della catechese" que, aunque publicado en febrero de 1970, se elaboró en los cuatro años anteriores e influyó notablemente en el Directorio General, así como en otros muchos.

Incluyo también en ese sumario algunos documentos que no son Directorios en el sentido estricto de la palabra, aunque hayan contribuido a prepararles el camino. La historia de esa década pone de manifiesto las enormes dificultades que afloraron en aquellas largas consultas y las no menores para expresar lo que se había realizado.

Aunque en el sumario, previa selección, he expuesto algunas cuestiones, he reservado la discusión de ciertos resultados para la segunda parte de este escrito, donde se la podrá explicar más completamente y tener más cuenta de las situaciones.

## II. ¿CUAL HA SIDO LA CONTRIBUCION DE LOS DIRECTORIOS?

El cambio de talante frente a los directorios en los últimos quince años ha de juzgarse teniendo en cuenta la historia del movimiento catequético en la Iglesia occidental, al menos desde la Reforma Católica. En resumidas cuentas, el catecismo católico en lengua vernácula se convirtió en una de las armas principales contra el catecismo protestante y la lectura de las traducciones vernáculas de

la Biblia. A este respecto, nunca se ponderará debidamente la trascendencia que tuvo el catecismo del Concilio de Trento en la educación del clero durante varios siglos, como tampoco los resultados de largo alcance que produjeron los demás extensos catecismos y sus imitaciones posteriores. Púedese apreciar el vigor de ese movimiento, al darse uno cuenta de que la palabra "catequesis" cayó en desuso y quedó reemplazada por la expresión sinónima suya, que con frecuencia empleamos: "enseñanza del catecismo". El éxito del término "catequesis" en inglés va unido a la necesidad de disponer de una palabra que exprese la forma particular de pedagogía, necesaria para que resulte viva la enseñanza del catecismo.

Dentro de cierta perspectiva histórica, debemos también, en nuestra época de cambios culturales tan rápidos, tener en cuenta la importancia del desarrollo de la imprenta, y, sin duda, de la importancia en que se tiene la palabra misma impresa, no sólo para asegurar el éxito del movimiento del Renacimiento, sino también el pedagógico, que resultó posible cuando los libros se recomendaban por sí mismos y podía echarse mano, al punto, de ellos. Mencionemos también la difusión de las diversas maneras de llevar a cabo la catequesis sistemática, en beneficio de muchas congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza.

El movimiento orientado a los directorios, si así podemos llamarlos, no se opone a la larga tradición de la Iglesia, y en realidad, muchos de ellos tienden expresamente a suministrar los principios básicos en que se han de fundamentar los nuevos catecismos (sic) y los nuevos recursos pedagógicos. Mas, creo yo, los esfuerzos empleados para componer directorios nacionales o locales han puesto al descubierto muchas tensiones fundamentales, que no han cesado de manifestarse en el movimiento catequético. Dos son las causas principales de esa tensión, causas que, a mi parecer, van unidas entre sí. El catecismo, dado que, según Jacques Audinet, es "el punto donde se articulan la teología y la pedagogía", se ve influido por los notables cambios que han intervenido en esas dos disciplinas. En segundo lugar, el catequista, supuesto que está encargado de transmitir no su propio mensaje, sino más bien la "Buena Nueva" misma, queda necesariamente sometido a determinadas restricciones impuestas por la autoridad.

● *Colegialidad, subsidiariedad, corresponsabilidad*

La idea de consultar con el intento de definir la índole de un conjunto de principios rectores está en un todo conforme con los con-

ceptos de "colegialidad", "subsidiariedad" y "corresponsabilidad": todo ello refleja los principios de los decretos del Concilio Vaticano II y los de las comisiones posconciliares. En cada una de esas palabras tiene su matiz particular el concepto de "autoridad" y de "obediencia", en el sentido que tradicionalmente han tenido en la Iglesia. Pero, en términos sencillos, y hasta simplistas, la tendencia a apartarse del modelo "vertical" de autoridad para acercarse a otro más "horizontal" suscita serios problemas a los catequistas de una generación formada en la precisión del lenguaje y en la terminología exacta, que se manifiestan mediante el empeño en que se aprenda el catecismo de memoria y en la obediencia incondicional a lo determinado por la autoridad. También la escuela católica desechó los modelos "doctorales" para adoptar otros más "abiertos". En consecuencia, corre el peligro de verse considerada como destructora de muchos aspectos tradicionales de la sociedad católica. Todo ello creó cierta tensión que no pienso describir en este momento; volveré a ocuparme de ella en mi tercera sección, con el fin de proponer ciertas cuestiones a la discusión de ustedes. Lo mismo pasa con la autoridad. En vez de hablar de ella en términos abstractos, prefiero señalar, en la historia de los directorios, algunos casos concretos, en los que la naturaleza de la autoridad se convirtió en el *verdadero* problema.

Por vía de ejemplo, las tres versiones del Directorio Nacional de los Estados Unidos revelaron el creciente interés que se dio a la importancia de las "denominaciones". La elección final del título mismo, "Compartir la Luz de la Fe", ilustra lo dicho. Al principio, se vaciló algún tanto en considerar oficialmente como equivalente —en inglés— las denominaciones "catequesis" e "instrucción religiosa". Sin embargo, esa confusión de términos, a la cual me opuse durante el Congreso Internacional de 1971, con motivo de la traducción inglesa del Directorio General, se fue enmendando gradualmente a lo largo de las consultas subsiguientes. De hecho, el documento utilizaba constantemente el término "catequesis" y recalca la propiedad de esa palabra y su concepto. Pero en ello se ventila algo más que un sencillo cambio de palabras. Opino que la expresión "instrucción religiosa" tenía, y lo tiene todavía, determinado sentido para las escuelas católicas. En el seno de una sociedad más estable, buena parte de la enseñanza en las escuelas católicas aspiraba específicamente (en teoría y en los hechos) a instruir en la *religión* y a iniciar en ella a los alumnos. Se inculcaba y aseguraba ampliamente la práctica religiosa, se enseñaba y sometía al control de los exámenes escritos y orales de la instrucción religiosa —término empleado antiguamente (y lo es todavía) para designar una asignatura impartida en las escuelas—. Todo ello formaba parte de un sistema social de

conjunto y resultaba muy eficaz. En nuestros días, podemos pensar que esos esfuerzos tendían a mantener la *religión* (sic) más bien que a iniciar en la *educación permanente de la fe*. Considerando que la religión y la fe se complementan, al menos en principio, no sorprende que determinado grupo amenazado por una minoría hostil —como sucede a tantas minorías católicas de los países de lengua inglesa— pretenda defender la religión como medio necesario para preservar la fe. La honda diferencia existente en inglés entre “fe” y “la fe” destaca esta situación. Era posible, y lo es todavía, enseñar “la fe”, es decir, la religión católica, pero no pretendemos sentirnos capaces de impartir, realmente, el *don de la fe* a otros simplemente por medio de la instrucción.

● *Reflexión sobre la propia experiencia pastoral*

Lo que yo quisiera mostrar aquí es que se ha afinado mucho en cuanto a saber lo que se entiende por catequesis (como “diálogo entre creyentes”, “educación de la fe”, etc.), y esa sutileza en buscar términos no es fruto de la elaboración de una nueva teoría, sino más bien de la reflexión de los catequistas acerca de su propia experiencia pastoral. Creen algunos que no es posible realizar expresamente labor de catequesis, tomada en este sentido, ni siquiera en las escuelas católicas. Es tan poco lo que realizan en ese aspecto, comparado con lo que quisieran realizar, que sitúan fuera de la escuela buena parte de su trabajo de “catequesis” propiamente tal. No quiere esto decir que no tenga la escuela su papel que desempeñar. Con frecuencia, la escuela puede lograr algo, en relación con su competencia: enseñar la religión, impartir conocimientos religiosos. Ese ejercicio de la enseñanza puede constituir para la escuela un objetivo digno de mantenerse con sus alumnos: a mi parecer, es tarea muy necesaria. Pero, en orden a lo expresamente “catequético”, esto es, de los medios mediante los cuales propone la escuela expresar la fe, o participar en actividades que implican la fe en los participantes, siempre habrá que contar con la importancia primordial de la libertad de las personas interesadas —de los alumnos, ello cae de su peso, mas también de los maestros—. Puede ser que esto difiera de las escuelas de otra época y de diferente cultura; con todo, se impone la realidad en la cual han de actuar las escuelas. Me pregunto yo, a veces, si esa experiencia de los maestros/catequistas no va en avanzada sobre los documentos de la Iglesia misma.

El catequista y la escuela (sea en cuanto escuela, sea por las experiencias pastorales que brinda por medio de actividades extraescolares, especialmente la experiencia de los retiros cerrados de fin de

semana, poco importa el nombre), pueden contribuir a que los jóvenes hallen dificultad en sentirse a gusto en la comunidad pastoral, sobre todo en aquellas partes donde ese término designa cierta organización congelada, dominada "clericalmente", edificada en la sumisión absoluta a lo que está decidido. El grupo escolar o la experiencia de fin de semana puede convertirse en la *única* iglesia con la cual tenga el joven alguna afinidad. Los esfuerzos del catequista porque crezca el joven en la fe pueden dar por resultado apartarle de la expresión de la fe de sus padres en una parroquia demasiado tradicional. Se ha dicho que, a veces, el catequista usurpa los derechos de los padres a educar a sus hijos. Quisiera sugerir que también los jóvenes tienen derechos, y conforme van creciendo hasta llegar a adultos, deben aprender a hacerse independientes de sus padres por muchos motivos. No es inútil aducir otra razón: los maestros —los catequistas— tienen deberes que se desprenden del Evangelio.

Mencionemos otra fuente de dificultades: la insuficiencia de las consultas celebradas, sobre todo cuando se ciñen a los pastores del rebaño prescindiendo de las ovejas mismas. En este orden de ideas, los pasos dados para celebrar las consultas han tenido probablemente mayor importancia que los resultados obtenidos. El documento italiano supuso casi cinco años de trámites; el Directorio General, otros tantos, y el Documento Nacional de los Estados Unidos, casi seis. A este propósito, interesa recordar que este último documento reconoce la trascendencia de evaluar completamente su contenido, trabajo por realizar cinco años después de publicarlo.

Otra causa de tensión con la autoridad fue la dificultad de conciliar opiniones divergentes dentro del documento mismo, sobre todo cuando se compuso echando mano tan sólo de la autoridad central o de la tradición. Ese problema supuso dificultades con la Congregación del Clero, cuyo cometido es aprobar los nuevos directorios. Tras seis años de trabajo (y tres consultas masivas, que abarcaban "centenares de miles de personas y decenas de miles de recomendaciones") se sugirió a la Conferencia de los Estados Unidos que se reduciría la incomprensión, si la palabra "revelación", libre de todo calificativo, de toda indicación en letra cursiva, designara la revelación pública, divina, en sentido estricto, y se escogían diferentes expresiones para designar otras maneras por las que Dios se manifiesta al hombre. Después de largo debate (¡en un momento dado se sugirió, a modo de compromiso, valerse de caracteres en mayúscula para lo que Dios reveló al principio de la era cristiana y en minúscula, para su actividad ulterior!), se reformó sustancialmente el texto, de modo que se mantuvieron tan sólo las orientaciones principales

aceptadas en el transcurso de la larga consulta. Era esto importante, no sólo mirando desde el aspecto teológico, sino también para su comprensión por parte de la Iglesia de los Estados Unidos, la cual, pese a su desarrollo, no constituye sino una minoría dentro de la cultura de tradición cristiana protestante.

### ● *Conflictos y tensiones*

A mi ver, existen tensiones en el texto mismo "Compartir la Luz de la Fe". Eso ilumina el problema general de las relaciones entre la autoridad central y la manera como ha de comprenderla la autoridad local. A veces, el conflicto tiene su origen en cierta tensión entre un acercamiento dinámico y otro más estático. Los ejemplos siguientes ayudarán a precisar el problema de manera más concreta. Los dos atañen a la liturgia: el primero se relaciona con la liturgia de los grupos étnicos, y el segundo, con la expresión creadora dentro de la liturgia misma.

a) "En las celebraciones litúrgicas, las comunidades homogéneas por su cultura, raza, etnia, tienen derecho a echar mano de sus propias expresiones de fe —lengua, cultura—, en los ritos, música y arte. Esto no obstante, bien que la diversidad suponga verdadera riqueza para la Iglesia y permita a los participantes realizar experiencias más profundas, las adaptaciones deben respetar la naturaleza de la liturgia, en cuanto culto divino de la Iglesia. No toda adaptación es buena ni pertinente para usarla en la liturgia. Hay que desarrollar la investigación en ese campo" (& 137).

b) "Dentro del marco de los límites que determinan las prescripciones litúrgicas de la Iglesia pueden los catequistas usar de manera apropiada la literatura moderna, danzas, mimos, música, cuadros de pintores, misas celebradas en casas particulares y paraliturgias. Deben, por tanto, los catequistas familiarizarse con las prescripciones litúrgicas y normas oficiales concernientes a la liturgia" (& 140).

Me complace ver la apertura de espíritu de que hacen gala esos dos párrafos. Pero me sorprende ver también que se brinde aquí al catequista a estudiar primero las prescripciones litúrgicas más bien que a investigar expresiones de la fe en el marco de la liturgia. No quisiera causar la impresión de que ponga en tela de juicio la necesidad de las prescripciones litúrgicas, pero hago notar sencillamente que se les concede la primacía, lo cual, me parece, acarrea el peligro de que permanezcan petrificadas a nivel del ritual. Creo que existe ahí una visión limitada y carente de apertura frente a la

importancia vital de la liturgia para poder expresar y celebrar la fe; en efecto, lo que hace la ley en ese caso es la coacción externa de la autoridad que reglamenta las cosas de antemano. Yo me pregunto, por ejemplo, si en rigor existirían liturgias vernáculas de no haber mostrado, por sus experiencias, ciertos pioneros de Alemania del Sur y de Holanda, el camino que se había de seguir.

Con toda evidencia, se ventila aquí la cuestión —más general— de la naturaleza de la autoridad y de la manera de ejercerla. Este asunto es ajeno al presente documento. Las formas tradicionales de autoridad con dificultad se concilian con la tendencia al diálogo y al consenso, sobre todo, cuando la tensión debe resolverla la persona que está en el cargo. No quiero oponer entre sí autoridad y consulta, como si fuera menester optar entre una u otra. Pero, yo me pregunto si el procedimiento de imponer primero los principios (como en el Directorio General) no predetermina de algún modo el camino que se ha de seguir, particularmente allí donde es la misma autoridad la que debe juzgar lo admisible o no, en todo trabajo que emane de la Conferencia episcopal. La tensión, a mi parecer, radica, en último término, en cierta posición que se inspira en una filosofía esencialista (con su larga tradición en la Iglesia) y otra, más pragmática, más fundamentada en la experiencia, la cual, en orden a toda cuestión nueva y carente de antecedentes históricos, se coloca ante casos que entrañan el adoptar una decisión: la persona interesada en tal posición consulta a los que tienen más experiencia de la situación por resolver. En definitiva, todo recurso a los principios universales referentes a la catequesis es capaz de empalmarse con la historia de la Iglesia misma, y en este caso, con la experiencia del pueblo.

La segunda tensión, manifiestamente ligada también, en conclusión al problema de la autoridad, surge de la siguiente hipótesis: la teología tiene aún vigencia como reina de todas las ciencias, al igual que en la Edad Media. Esto se origina, a mi parecer, de la confusión existente entre el objeto de la teología —Dios— y el método y lenguaje que exige. Ya que la catequesis se dedica a articular la teología con la educación, debe cumplir su cometido con formas de lenguaje y pensamiento que no puedan soslayar las investigaciones, explicaciones y reflexión crítica. No cabe duda, la teología tiene su forma interna propia y determinada coherencia; no puede echar mano de verificaciones experimentales como las ciencias más empíricas. Pero, la teología pastoral ha de dirigirse a las gentes de nuestros días con lenguaje inteligible y capaz de someterse a discusión.

Por ejemplo, el documento de Nueva Zelanda, "Vivimos y predicamos a Jesucristo", se preparó tras larga consulta en las cuatro diócesis católicas del país. Diversos grupos se dedicaron a un prolijo trabajo de reflexión e inquisición, que siguió las orientaciones del Directorio italiano y del Directorio General. Esto, no obstante, el documento final lo cotejó y presentó un teólogo que se las compuso para integrar los resultados de las comisiones en el marco teológico previamente determinado. Por importante que fuera ese proceder a los teólogos profesionales (no muy numerosos), los grupos de trabajo quedaron desilusionados, pues no reconocían en nada su propia tarea, expuesta en forma más técnica. La ironía del caso quiso, con todo, que la mayor parte de los que se destinaron a valerse del Directorio y poner en práctica sus excelentes principios carecían de formación teológica. Esto perpetúa algo así como un sistema de dos grados en los que, en realidad, se ejerce una especie de "control" sobre la mayor parte de los que, según se cree, participan más en el lenguaje oficial.

Es interesante indicar que semejantes problemas de lenguaje y autoridad constituyeron la obsesión de las conferencias episcopales que, teniendo ya en mano algún proyecto nacional, centraron sus esfuerzos en producir textos catequéticos, programas y material pedagógico. Tal fue el caso de la Iglesia de Irlanda. Hubo poco empeño, al menos por parte de los obispos tomados individualmente, en aceptar el trabajo del comité oficial de "peritos", ya lo fuesen en teología, educación, catequesis o comunicaciones. En ciertos casos, esa situación se manifestó en el hecho de quedar prohibido en una diócesis particular el uso de un texto aprobado nacionalmente. No intento aquí poner en tela de juicio el derecho que asiste a un obispo para proceder de tal manera. Me pregunto tan sólo qué valió, en semejante ocasión, consultar, designar peritos, o qué se hizo de la sumisión que se debe a la Conferencia Episcopal. Los retoques a textos efectuados en una región y aprobados a nivel nacional me parecen manifestación de cierta forma de control demasiado arbitrario, si se consideran nociones tales como "colegialidad" y "subsidiariedad".

#### ● *A modo de inventario*

Para dar fin a esta sección, quisiera hacer el *inventario* de lo que considero como realizaciones de los directorios en favor del trabajo catequético de la Iglesia.

a) El principio de consultar respeta la dignidad de quienes se ufanan de llevar el nombre de catequistas. Cuando la consulta se

realiza según las normas establecidas por el Directorio de los Estados Unidos, centenares de miles de personas pueden ayudar a describir la realidad de la Iglesia en su región y trabajar juntos para aportar diferentes clases de soluciones, según las necesidades locales.

b) La consulta y todos los procesos para llevarla a la práctica aumentan las oportunidades para que la Iglesia local sienta su terruño o, dicho de otra manera, que la inculturación sea realidad en la vida de la iglesia local.

c) La participación de crecido número de personas para preparar un Directorio Nacional contribuye normalmente a realizar la catequesis de los adultos. Todos los directorios ya publicados intentan describir el carácter peculiar de su Iglesia y establecer la lista de los diferentes grupos a los que la Iglesia brinda los medios de reflexionar constantemente acerca de la fe y de las ocasiones para proclamarla en las celebraciones.

d) Mediante el trabajo realizado por el Directorio se puede comprender la situación de la iglesia local, sus posibilidades, sus deficiencias, sus necesidades. Quizá pueda ser capaz de contribuir a formar la iglesia local por su propia gestión.

e) Al presentar el Directorio en forma atrayente y moderna —como es el caso de varios de ellos (particularmente el de los Estados Unidos)— se presenta la ocasión de interpretar nuevamente la fe con enfoque moderno, lo cual permite empalmar el pasado y el presente. Donde el tono del Directorio es objetivo —honradamente objetivo— puede hallar el lector motivos de alienación y fuente de inspiración.

f) Al menos en teoría, brinda la amplitud de ciertos directorios posibilidades para producir material catequético de mucha utilidad.

g) Todo Directorio compuesto mediante serias investigaciones y sometido a regulares evaluaciones —en estos tiempos de tan rápidos cambios!— puede ayudar a evitar ciertas tensiones descritas en esta sección: se vale de todos los recursos en el empeño de construir una iglesia local en consonancia con determinada cultura.

### III. LOS NUEVOS COMETIDOS, DESPUES DE LOS DIRECTORIOS

Creo que, concluidas las diligencias de consulta provocadas por los directorios, surgen para nosotros nuevos cometidos. En cierto modo, esos cometidos son al mismo tiempo *post hoc* y *propter hoc*, es decir, vienen cronológicamente tras la labor de los directorios, pero, en ciertos casos, se ven inspirados por lo que se realizó (o no se realizó) en ellos. Quisiera considerar tres de esas cuestiones y señalarles a ustedes algunas pautas de reflexión continuada.

Son las siguientes:

- ¿Qué implica decir que la catequesis de los adultos debe ser normativa?
- ¿Se pueden deducir consecuencias prácticas del interés manifestado en casi todos los directorios, en orden a las diferentes formas de catequesis para las diferentes edades de la vida?
- ¿Cuál es la función catequética de las congregaciones religiosas docentes en las escuelas?

#### 1. *La catequesis de los adultos, considerada como catequesis normativa.*

Resultado muy palpable del desarrollo de los directorios es el interés creciente dispensado a la catequesis de los adultos y el puesto importante que se le reserva desde hace diez años.

En la "Catechesi Tradendae" (octubre de 1979), el Papa Juan Pablo II afirma que "la catequesis de los adultos es la forma principal de la catequesis, porque va dirigida a las personas que tienen las mayores responsabilidades y la capacidad de vivir el mensaje cristiano bajo su forma plenamente desarrollada" (& 43).

Es repetir la opinión expresada en muchos directorios con mayor vigor, tal vez, en el & 40 del Directorio Nacional de los Estados Unidos:

"Aun sin descuidar el interés por los niños, debe la catequesis acrecentar su orientación hacia los adultos más que en tiempos pasados. Hay que desechar la creencia de que la catequesis de los adultos es importante tan sólo por razón de sus relaciones

con la de los niños (por cuanto se catequizaría a los adultos con el fin de que éstos, a su vez, pudieran catequizar a los jóvenes), o que la educación de los padres y maestros constituye la totalidad de la catequesis de los adultos —aunque sea ciertamente una forma de ella—. Más bien, la razón principal de catequizar a los adultos —su fin primero y esencial— es ayudar a los adultos mismos a lograr la madurez de la fe, como miembros de la Iglesia y de la sociedad.”

Mas, en este orden de ideas, existe cierta corriente de pensamiento que sigue considerando la catequesis de los adultos como algo que se imparte a los adultos por otros que están más impuestos. Por ejemplo, el § 45 del mismo documento expresa lo siguiente:

“La catequesis para adultos debería enseñarles a evaluar correctamente, a la luz de la fe, los hechos sociológicos contemporáneos, los nuevos problemas de índole religiosa y moral, y la interacción entre las responsabilidades temporales y la misión de la Iglesia en el mundo...”

Creo que la expresión “debería enseñarlos (el subrayado es mío) a evaluar correctamente, etc.”, constituye grave limitación de la naturaleza de la catequesis. Si el texto dijera, por ejemplo, “la catequesis debería ayudarlos a evaluar” o “debería animarlos...”, se adoptaría un enfoque muy distinto respecto del proceso de la educación y, paralelamente, frente a la libertad de la persona. Didier Piveteau discute la fórmula de tiempos pasados al escribir, precisamente, sobre la función del laicado en la actualidad:

“Conseguir que pase la catequesis de manos de los clérigos a las de los seglares puede pretenderse, según una de las perspectivas siguientes. O bien esos seglares no son sino meros repetidores, altavoces de lo que han decidido los clérigos..., o bien se responsabilizan verdaderamente de la catequesis, incluso si, como se impone, la responsabilidad trata de articularse en la práctica de los otros sectores pastorales de la Iglesia... Mas si los seglares responden de esa práctica, ésta estará mucho más orientada a las realidades de la vida cotidiana, al trabajo, al amor, y mientras anteriormente esas realidades se ordenaban a la celebración, en el nuevo enfoque, si se quiere evitar la ruptura entre la catequesis y la liturgia, esta última es la que debe acercarse a la catequesis, al multiplicarse las liturgias domésticas, los encuentros cristianos en los domicilios... La catequesis familiar debe llevar hasta el fin su dinamismo: atenuar la noción de parroquia, diversificar los minis-

terios, favorecer el nacimiento de comunidades reducidas, cuya vida de caridad y la celebración original y auténtica harán inútil el 90 por 100 de lo que se llama actualmente catequesis de los niños" (*Comment ouvrir les jeunes à la foi?*, págs. 14 y 15).

Me he permitido esta larga cita: ese pasaje expresa cuánto hace al caso reconocer la necesidad de cierta nueva estrategia catequética, que no se contente con retocar la antigua fórmula. Tal es, igualmente, el pensamiento de Thomas Groome cuando escribe:

"Dada la realidad de nuestra situación —a saber, que no somos ya una Iglesia y que las auténticas comunidades de fe constituyen más bien la excepción de la regla—, el problema suscitado por la elección de un método de 'socialización intencional' para la formación cristiana radica en que se corre el riesgo de mantener lo que se tiene, más bien que de edificar lo que se debe edificar" (*Christian Principle in Christian Education*, vol. LXXII, núm. 3).

Es parecer mío que esa insistencia acerca de la catequesis de los adultos debe cambiar nuestra vieja idea sobre el concepto mismo de "catequesis". ¿Quién catequiza? ¿Quién debe ser catequizado? No se trata de una instrucción básica que autorice al catequizado a erigirse en su nicho en medio de una sociedad estática. Tampoco es el caso de transmitirse unos a otros certezas verbales valiéndose de fórmulas tradicionales, por muy importantes que, a veces, puedan ser. Dado el carácter imprevisto de muchos aspectos de la vida moderna, no podemos ya en adelante descansar en cierta tradición y sabiduría colectiva, que bastaban antiguamente para depararnos determinadas respuestas. Es menester —sentimos esa necesidad— que tengamos alguno, alguna comunidad que pueda compartir su fe con nosotros en los momentos de duda, mediante la oración, la celebración de la Eucaristía, la presencia mutua, la atención delicada a las palabras del otro y la unión de las almas. Necesitamos esa comunidad "ad hoc" en la que una fe débil pueda verse sostenida por otra fe robusta; en la que, en los momentos de duelo y aflicción, podamos participar de una catequesis sobre la muerte cristiana; en la que, abrumados de penas y padecimientos, podamos hallar arriño en otros que experimentaron personalmente semejantes estados de desolación. Esa catequesis, creo yo, no consiste en fórmulas: es lenguaje del corazón, fundado en la experiencia personal o de grupo. Nos beneficiamos de la "memoria" colectiva del grupo; acogemos la "palabra" que hablan en muy distintas formas de lenguaje; vemos el "testimonio" de la realidad que han vivido, y, con esas tres palabras, llegamos al fondo del Mensaje Sinodal al Pueblo de Dios.

Los agentes de tal catequesis no son simples pastores o maestros que transmiten una enseñanza predeterminada, por muy válida que pueda ser, también ella, en ciertas circunstancias. Esa catequesis se practica mutuamente y de muchas maneras, y cambia en el transcurso de la vida. Hay momentos en que necesitamos la sabiduría de un viajero que ha conocido las dificultades de la vida durante tal período de su existencia. Hay casos en que acudimos a los demás, no como consecuencia de nuestra superioridad intelectual, sino porque, dispuestos a participar en el diálogo —y en la duda— siguiendo la luz de la experiencia y la sabiduría de los miembros de la Iglesia de Cristo, estamos en condiciones de sostener e infundir ánimo y aliento.

## 2. *Catequesis en los diferentes niveles de edad*

Todos los Directorios conceden suma importancia a las distintas formas de catequesis según las edades de los catequizandos. Con todo, considerándolo en su aspecto práctico, veo que se hace demasiado hincapié en una situación *ideal*, más que en la realidad en que nos vemos la mayoría de nosotros, sobre todo en lo que concierne a ciertos cometidos con los adolescentes.

Quisiera, por tanto, en esta sección, llamar la atención sobre un estudio reciente de James W. Fowler, quien, inspirándose en la sociología y sobre todo en la psicología, presenta algunas ideas muy importantes sobre el desarrollo por etapas de la fe. El trabajo de Fowler y los estudios que de él se deducen ayudan a percatarse de ciertos ambientes familiares y sociales poco cristianos frente a los cuales ha de vivirse la fe. Desde el punto de que aquello que nos interesa es la fe —más bien que la religión—, creo que ese estudio nos despeja el camino para examinar el problema de la catequesis en los distintos niveles que presenta la edad.

En el & 19 de la "Catechesi Tradendae", el Papa Juan Pablo II señala que "la peculiaridad de la catequesis, que persigue el doble objetivo de hacer madurar la fe inicial y de educar al verdadero discípulo de Cristo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de Nuestro Señor Jesucristo..., debe tener en cuenta el hecho de que a veces la primera evangelización no ha tenido lugar". Muestra cómo ello ha podido verificarse en las distintas etapas de la vida, y añade para terminar: "la catequesis debe a menudo preocuparse no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia".

El trabajo de Fowler —empieza sencillamente como un relato de entrevistas clínicas que tuvo con sacerdotes que seguían un cursillo de pastoral— propone una teoría del desarrollo de la fe por etapas, merced a la cual es posible observar cambios importantes. La teoría misma del desarrollo por etapas, cual la presentaron Piaget, Erikson y Hohlberg, hace hincapié en la idea de que tiene el espíritu humano ciertas estructuras en cuyo marco se verifica el desarrollo por influencia de cierto entorno social. El paso a otra etapa depende de la buena realización de la etapa precedente. No se asienta como postulado que determinadas etapas sean necesariamente mejores que otras: son sencillamente distintas. Fowler propone seis etapas de la fe, que pueden muy bien observarse. Les asigna nombres más bien técnicos. Por esta razón, a sus títulos descriptivos añadiré expresiones que den idea de las principales características de cada etapa.

#### *Etapas de la fe según Fowler*

1. Intuitiva-proyectiva (“experimentada”).
2. Mítica-literal (“afiliativa”).
3. Sintética-convencional (“convencional”).
4. De personalización-reflexiva (“personal”).
5. Paradójica-de consolidación (“comunidad”).
6. Universalización (“universo”).

Lo que permite distinguir cada etapa es la idea que uno se forja de la autoridad. Si, al principio, recibe el niño la fe de sus padres (la fe en sentido sociológico) y se inicia durante su infancia en la vida sacramental de la Iglesia, se presenta eventualmente la cuestión (y el problema) de apropiarse esa fe. Esas etapas progresivas las compara Fowler a una serie de lentillas que, progresivamente, nos brindan la visión cada vez más profunda de la realidad de que hemos partido.

Al menos en su aspecto descriptivo, el trabajo de Fowler provocó interés en casi todas partes entre los estudiosos de los países de lengua inglesa, y se atrajo la adhesión del público. A mi parecer, tiene notable importancia en cuanto se quiere hablar de las etapas de la catequesis según los niveles de edad. No cabe duda de que ofrece elementos básicos para elaborar nuevo material catequético. Mucho más, recalcando la importancia del descubrimiento de la

personalidad, facilita el espacio necesario para la libertad personal, concepto que tanto se aprecia en la literatura catequética moderna.

Esa teoría, semejante al estudio de Kohlberg tocante al desarrollo moral que se realiza a través de etapas observables, insiste en la importancia que ejercen sobre el joven las personas de su entorno: compañeros, padres, maestros. Creo que se nos presenta ahí un campo de acción capaz de animarnos a elaborar programas de catequesis —tanto la catequesis explícita como la implícita.

### 3. *Función catequética de los religiosos en la escuela*

Todos los Directorios siguen atribuyendo suma importancia al papel de la escuela y de los maestros, incluso aquellos en que —es el caso del Directorio de los Estados Unidos— se repite con insistencia que los programas sacramentales se cumplen mejor asociados con la familia; se sigue poniendo interés en la manera como los catequistas, escuelas y parroquias pueden ayudar a la familia a poner en práctica lo que, en definitiva, constituye su privilegio y su responsabilidad. Considerando la gran diversidad de las actividades catequéticas en la Iglesia actualmente, creo que una de las primordiales disposiciones de toda Congregación ha de ser aceptar que existen muy variadas necesidades que satisfacer.

Donde hay miembros del grupo empeñados en el quehacer catequético, aun cuando se tratara de individuos autorizados por su Congregación a trabajar solos, veo aún allí presente a la Congregación en cuanto tal. Tarea de esa índole puede exigir por parte del religioso cumplir cometidos muy diferentes en las distintas etapas de la vida; pero existe siempre esta constante: la catequesis entraña la voluntad de dialogar en la fe con el "otro", de escuchar y de hablar, de compartir la palabra de Dios, de orar, de celebrar la Eucaristía. Si la naturaleza de la sociedad, o de la escuela, o del trabajo no le depara los medios de llevarla a cabo regularmente, en el marco de las estructuras en las que actúa, creo que se dan otros medios de hallar una tarea o una ocasión en que pueda entregarse a esa actividad. Los que viven empleados en la administración pueden consolarse pensando que su trabajo contribuye a que la catequesis, tomada en su sentido más amplio —educación de la fe, oración, celebración de la fe, vida cristiana y buen ejemplo— sea posible a otros. En ese sentido, creo yo, es como puede la escuela facilitar momentos privilegiados de vida cristiana, incluso si se vuelve difícil responder de su continuidad. Ciertamente, frágil es tal comunidad, condenada a estar siempre edificándose. Cae ello de su peso.

En segundo lugar, toda Congregación debe examinar bien en qué grado queda abierta a la Iglesia su competencia en la enseñanza, la organización y el conocimiento de los alumnos, etc. Los músicos pueden ayudar a la celebración de la fe; los artistas pueden crear una atmósfera favorable a la fe; los "líderes" de los jóvenes pueden responder de la presencia de éstos y de su activa participación, y así de lo demás; otros tantos talentos que siempre serán bien acogidos.

En tercer lugar, una importante prolongación del trabajo de toda Congregación puede consistir en incorporar miembros de valía al trabajo de los centros de pastoral para los jóvenes, o para la formación de los maestros en ejercicio. La Congregación puede brindar los servicios de religiosos bien dotados y experimentados para producir material útil a otros empeñados en la Catequesis.

Creo, también, que sobre las escuelas medias recae muy seria responsabilidad: la de ver cómo impartir la enseñanza de la *religión* (sic), la cual, aunque parezca cosa añañente al espíritu, es, con todo, la mejor manera de brindar las riquezas de la herencia religiosa, de modo que las aprecien los más hábiles.

Hasta las asignaturas que constituyen objeto de exámenes y de cursos de estudios —Estudios bíblicos, Religiones comparadas, por ejemplo, de tanta importancia en muchos países de lengua inglesa— creo yo pueden desempeñar papel importante.

Se puede ayudar a que comprendan los jóvenes a sus compañeros separados y por qué lo están de la Iglesia Católica. Se deberían también estudiar las religiones no cristianas, sus creencias, prácticas, literatura. Util es recordar la observación de Joseph Colomb:

"Cuando hablo del Hinduismo, hacia el cual mi fe no tiene por qué comprometerse, ¿puedo asegurar que no hago más que informar? Parece claro que entonces entrego un 'kerigma' en el grado en que he comprendido el significado de la religión y apreciado sus valores."

Hago hincapié en esta enseñanza formal de los aspectos específicos de la religión, pues, a mi parecer, el asunto es de suyo importante. Opino, también, que la índole misma del asunto y los conceptos de que se vale, pueden aportar cierta base para entrar en contacto, con el fin de estudiarlas y discutir las, con las cuestiones-clave, que siempre han interesado al género humano. Llegados a este punto, creo que pueden darse en ellas grandes posibilidades para la catequesis formal.

Quisiera terminar esta sección y este informe confiándoles el siguiente pensamiento: San Juan Bautista de la Salle, en quien nos hemos inspirado para organizar este Simposio, no fundó una orden de catequistas: reunió, más bien, colaboradores que adoptaron el nombre de lo que son aún en nuestros días: Hermanos de las Escuelas Cristianas.

DIAGRAMA COMPARATIVO DE LAS SEIS "SEMANAS" DE ESTUDIO

LUGAR	RESULTADOS Y ENFASIS MAS SIGNIFICATIVOS
NIMEGA Holanda	Atención al papel y a la importancia de la LITURGIA en el trabajo catequístico.
EICHSTATT Alemania	A pesar de que el "movimiento" kerigmático fuera ya muy avanzado a esta fecha, a través del Catecismo Alemán, éste fue el primer encuentro internacional que diera prominencia a las Cuatro Fuentes de la Catequesis: la Biblia, la Liturgia, la Doctrina y el Testimonio.
BANGKOK Thailandia	Esta experiencia de un medio no-cristiano levantó interrogantes sobre la aplicación del "kerigma".  Se planteó el problema de la "pre-evangelización", de la "preparación del terreno".  ¿Se puede comenzar con la HISTORIA DE LA SALVACION en una región del ASIA?
KATIGONDO Uganda	Importancia del enfoque antropológico que reconoce las tradiciones religiosas del país donde se anuncia el Evangelio.  Palabras claves de esta Conferencia son: "evangelización", "fe", "conversión", "historia de la salvación" y "adaptación".
MANILA Filipinas	Este es el período del "Kerigma en crisis" (ed. Paulinas), de Nebreda. La Conferencia cargó el acento sobre el hecho de que la evangelización en los países no-cristianos requería algún tipo de preparación en la gente previa al anuncio del Evangelio: esta preparación (de acuerdo a la experiencia de Nebreda en el Japón) deberá comenzar con valores humanos.  Los términos de "pre-evangelización" y de "pre-catequesis" (estos últimos teniendo ya su propio contexto europeo) fueron ampliamente discutidos y diferenciados.
MEDELLIN Colombia	"Los planes de Dios con el hombre contemporáneo deben ser buscados en el área de la historia y de las aspiraciones auténticamente humanas."  "La Evangelización (la Catequesis) es el medio por el cual CUALQUIER sector de la sociedad humana interpreta su situación, la ve (la "lee") y la expresa a la luz del Evangelio."  Un reto a la Catequesis para comprender el orden político y socio-económico que moldea las actitudes religiosas de las comunidades y de los individuos.  Teología del desarrollo (sic) y de la Liberación (sic).

UNA DECADA DE DIRECTORIOS

TITULO	COMENTARIO
<p>Il Rinnovamento della Catechesi.</p>	<p>La culminación de un proyecto de cinco años de consulta y de búsqueda llevado a cabo bajo la dirección de la Conferencia Episcopal Italiana.</p> <p>El documento muestra algunas influencias del "Directoire Pastoral Catéchétique" de Francia, 1964, y a su vez tuvo una señalada influencia sobre el Directorio General. Este fue considerado como "documento" básico, a partir del cual y en armonía con el cual, todos los textos catequísticos para las distintas edades deberían hacerse.</p>
<p>La Renovación de la Educación de la Fe. (El cambio de título es significativo.)</p>	<p>Una traducción al inglés del documento italiano mencionado arriba fue hecha y publicada por la Conferencia Episcopal Australiana.</p> <p>Fue presentada como texto "oficial" para ir junto con un texto algo discutible y con un programa catequístico para jóvenes de dieciséis años. Fue ofrecida como un texto básico general en la preparación del material catequístico.</p> <p>El amplio uso de este texto en la formación de muchos catequistas compensó una deficiencia previa y, como tal, el texto fue altamente apreciado. Al mismo tiempo aparecía un apéndice simbólico en el escenario australiano y la enorme diferencia entre la historia y cultura religiosas de Italia, donde la investigación se hizo, y la minoría católica de Australia, tuvo por efecto el seguir imponiendo principios venidos de afuera en lugar de buscarlos desde dentro de la experiencia de la Iglesia local.</p>
<p>Directorio Catequístico General.</p>	<p>Es un documento que debe mucho a su metodología de amplias consultas hechas por las conferencias de Obispos durante un período de cinco años.</p> <p>Se observan las influencias del "Directoire" francés de 1964, del Documento Italiano de 1970 y de las "Seis Semanas de Estudio".</p> <p>La Conferencia de Medellín, de 1968, pidió formalmente que sus conclusiones fueran tomadas en cuenta en la preparación de este Directorio General.</p>
<p>Enseñar a la manera de Jesús. (Un mensaje pastoral sobre educación cristiana.)</p>	<p>Publicado por la Conferencia Nacional de Obispos Católicos de los Estados Unidos de América, este mensaje aplicó los principios del Nuevo Testamento, de la "Didaché", "Kerigma" y "Diakonía" a la tarea de la Educación Cristiana.</p> <p>Este énfasis es mantenido en el Directorio Nacional.</p>
<p>Enseñanzas Básicas para la Educación Religiosa Católica.</p>	<p>Otro mensaje publicado por la Conferencia de U. S. A., complemento del texto anterior.</p> <p>Estos dos mensajes tomados juntos ilustran una tensión básica frecuentemente hallada en las controversias catequísticas de la época.</p> <p>El título también es interesante tanto por lo que dice como por lo que su lectura implica.</p> <p>Este documento vino a ser un importante instrumento de trabajo para el Directorio Nacional en algunos de sus aspectos básicos.</p>

UNA DÉCADA DE DIRECTORIOS

TÍTULO	COMENTARIO
Enseñando la Fe de una "manera nueva".	<p>Es una publicación oficial con un título nuevo hecho por la Conferencia de Obispos de Inglaterra y Gales (1970) de la traducción australiana del Directorio italiano para que "las verdades perennes fuesen enseñadas en una manera nueva a los hombres y a las mujeres de hoy".</p> <p>El cambio de título (y consecuentemente del énfasis) es otro ejemplo de cómo se utiliza un documento en un sentido y para un país para el cual no estaba destinado.</p>
Vivimos y Enseñamos a Cristo Jesús.	<p>La forma definitiva y la publicación de un documento básico, objeto de la búsqueda y de la preparación de grupos de trabajo organizados por la jerarquía de Nueva Zelanda.</p> <p>Se observa la marcada influencia en su programación y contenido del documento italiano y del Directorio General. El proyecto es admirable por el dinamismo que engendra. Algunos participantes opinan que la forma definitiva escrita por un teólogo fue algo decepcionante porque perdió el énfasis práctico y aun un tono pastoral del documento original.</p>
Directorio para Misas con niños.	<p>Este no era un documento catequístico estrictamente hablando, pero las implicaciones para la Catequesis de los niños eran muy grandes y sin haber sido probablemente anticipadas.</p> <p>El "principio" del directorio llegó a ser una fuente de tensión entre algunos catequistas y el clero que no estaba dispuesto a "tolerar" lecturas modificadas y homilias dadas por gente con mayor experiencia con los niños.</p>
Predicamos a Jesús Resucitado el Señor.	<p>Una declaración episcopal sobre la Catequesis hecha por la Comisión de Educación de la Conferencia Episcopal Australiana.</p> <p>La declaración (que insistió en que no se trataba de un directorio) no obtuvo mayoría de votos en la Conferencia. Sin embargo, fue publicada por la Comisión de Educación por cuenta propia para no defraudar la fe del público que vivía a la expectativa de una declaración episcopal sobre la catequesis.</p>
Piedra Angular.	<p>El primer texto (un texto básico) de una serie programada de nuevos libros, ofreciendo pistas directrices (la palabra es importante) para la Educación Religiosa (sic) por la Conferencia de Obispos para Inglaterra y Gales. El texto básico es la forma final (escrita por una persona) de una consulta extensiva de profesores y otros grupos.</p>
Participando la Luz de la Fe.	<p>Forma definitiva y aprobada del Directorio Nacional de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, después de un período de seis años de extensa consulta y una cantidad de documentos de trabajo.</p> <p>El directorio de investigación más extenso de la década.</p>